

rante el invierno. Había celebrado cortes en Burgos para que reconocieran á su primogénito Don Alfonso (1222). En esta época puso la primera piedra de la grandiosa catedral toledana (1228); tomó á Úbeda y la ciudad de Córdoba con otros muchos castillos y plazas fuertes, y dió la célebre carta para la aprobación é instalación de los estudios generales que formaron la Universidad Salmantina (1240). Por muerte de su padre ciñó la corona de León. Los reinos de Asturias, León y Castilla se hallaban otra vez reunidos.

Mohammad I había fundado el trono de los naseries ó *nazritas*, cuyos estados estaban limitados por la Sierra Morena, las montañas de Córdoba y Murcia, estribaciones de aquella y la costa del Mediterráneo desde Cabo Carnerero al Estrecho. La capital era Granada, y al monarca se le distinguía con el sobrenombre de Al-Hamar, que quiere decir *hijo del Rojo*. También en la historia se le apellida Al-Ghaleb Bilá, *vencedor por la gracia de Dios*. Al declararse independiente tomó el título de *Amir el Moslemín*.

Hijo de una familia distinguida de Arjona, donde su padre poseía cuantiosos bienes, parece que se había dedicado á la agricultura. Sin embargo, descendía de la antigua stirpe *nazrita* ó *nazerie*, y uno de sus abuelos había guerreado á las órdenes del Profeta, siendo señor de la tribu Khazrej.

Las repetidas victorias y las plazas y castillos conquistados le habían dado gran nombradía, y el pueblo granadino lo aclamó *vencedor*, contestando Mohammad aquellas célebres palabras tantas veces repetidas en el alcázar de la Alhambra; «WÉ LÉ GHALEB ÍLE ALLAH;» *no hay otro vencedor sino Dios*. Palabras que en letras de oro sobre fondo azul en una barra diagonal que divide el escudo con campo de plata, fueron las armas que adoptó el monarca granadino, siguiendo la usanza de los cristianos.

Al-Hamar mirando con recelo la facción de los oximeles que comprometía su reciente trono, buscó la protección del Rey Santo, que amenazaba á Jaén. El tratado allí celebrado dió á Castilla la región que baña el Guadalquivir. Asegurada de este modo su corona, mandó construir el magnífico y fantástico palacio de la Alhambra (*gassr-alhhamra*) *el palacio rojo*, que al través de los siglos, la parte que se conserva, es aún la admiración de propios y extraños.

La defección de sus yernos, walies de Guadix y de Málaga, le obligó á salir á campaña á pesar de su edad avanzada (82 años), y á la media legua de la capital le sobrevino un accidente, muriendo en brazos del infante de Castilla Don Felipe.

Sus contemporáneos le llamaron el *Magnífico*. Durante su reinado los merinies fundaron en Granada los *voluntarios de la fe*.

Don Alfonso primogénito del castellano, había conquistado á Murcia, y Don Fernando llegó hasta las puertas de Granada, sin que le intimara el apoyo

de los reyes de Tremecén y Marruecos solicitado por Al-Hamar. Este monarca para acallar la facción de los oximeles, echóse en brazos del castellano y celebraron el tratado de Jaén, donde hicieron su entrada triunfal.

Sevilla fué conquistada por Don Fernando III auxiliado del Granadino (28 diciembre 1248), y después de haberse apoderado de Cádiz, Jerez, Sanlúcar y de otras poblaciones importantes, bajó al sepulcro á los 54 años de edad. La Santidad de Clemente X le canonizó en 1671.

El rey Don Jaime I de Aragón, había conquistado á Mallorca, Valencia y Játiva, muriendo lleno de gloria, y en cumplimiento de sus deseos se le dió sepultura en el monasterio de Poblet. Fué uno de los guerreros que por su valor y arrojo puede equipararse con el rey Santo. La posteridad le ha dado el epíteto de *Conquistador*.

Don Alfonso se proclamó rey de Castilla, y fué el *décimo* de este nombre; ratificó el tratado de Jaén. La posteridad con justicia le apellidó el *Rey sabio*, y sin embargo no fué afortunado en el gobierno. Bajó la ley de la moneda, restituyó varias plazas, proyectó expediciones aventuradas, tuvo pretensiones á la Navarra y sostuvo onerosas cuestiones sobre el imperio de Alemania, al cual había sido propuesto por la república de Pisa. Estas y otras empresas arriesgadas que ninguna realizó, habían empobrecido el país.

Muchos nobles se desnaturalizaron; la reina Doña Violante le dió un hijo, que se llamó Don Fernando de la Cerda, por un cabello que tenía en el pecho; el cual casó con Doña Blanca, hija segunda de San Luis. El infante murió en Ciudad Real, cuando acudía á vengar la derrota que sufriera el bravo Don Nuño González de Lara por los merinies.

El infante Don Sancho hijo segundo, del rey, al frente de las tropas y unido con el señor de Vizcaya se dirigió sobre Córdoba, declarándose sucesor de la corona. La reina Violante con sus nietos marchóse al amparo del aragonés, y Don Alfonso X, agobiado por los pesares y los disgustos de familia y empobrecido el país, se vió en la imperiosa necesidad de mandar la corona á Marruecos; pero el amir se la devolvió con gran suma de oro. Murió á los 62 años, dejando un nombre lleno de respeto y consideración.

En Navarra á Don Teobaldo I, llamado el *Grande* ó el *Trovador*, le sucedió el joven Teobaldo II, que murió de peste en Trápani, pasando el cetro á Don Enrique I que también falleció muy joven, siendo proclamada su hija Doña Juana, la cual después de varias reyertas se casó con un hijo del rey de Francia y se incorporaron todos sus estados á la corona francesa (1284).

Los descendientes de Al-Hamar gobernaron con suerte variada; unas veces protegidos por el rey de Marruecos ú otros principes africanos, y en muchas ocasiones coaligados con los cristianos, sufrieron reveses de más ó menos im-

portancia, que lastimaban sus intereses y la integridad del territorio. Empero, nada contribuyó tanto á la decadencia musulímica granadina, como las continuadas luchas civiles, las rivalidades domésticas, las ambiciones, los celos y las defecciones.

Verdad que Mohammad II, llamado el *Fakih* ó el jurisconsulto, reunió en el alcázar gran número de sabios, dispensándoles su régia protección; pero tuvo que guerrear con los walies de Guadix y Málaga sus cuñados á quienes derrotó cerca de Antequera, y correspondiendo á la galante invitación de Don Alfonso pasó á Sevilla acompañado de los magnates que expatriados se habían establecido en Granada. Allí la reina consiguió una tregua, pasada la cual renováronse las hostilidades. Este amir unas veces bajo la protección del rey de Marruecos y otras coaligado con los castellanos pudo mantenerse en el trono. Su sucesor Mohammad III continuó protegiendo la ciencia como su padre; de carácter bondadoso y dulce, fué no obstante un príncipe desgraciado. Tuvo que sujetar al wali de Guadix que otra vez aspiraba á la independencia y sostener la guerra con los monarcas de Aragón y Castilla. Los cóntratiempos irritaron el pueblo que voluble y revoltoso proclamó á *Al-Nazar*; el monarca casi ciego cedió el trono á su hermano, pasó luégo al palacio de Generalife y después á Almuñecar, donde murió trascurridos cinco años (1322).

Don Sancho IV, llamado el *Bravo*, manifestó desde muy joven grande valor y atrevimiento. Había ocasionado graves disgustos á su padre y sin miramiento alguno usurpó los derechos de los hijos de su hermano mayor, los infantes de la Cerda, los cuales sostuvo por fuerza de armas. Estaba casado con Doña María de Molina que le había dado primero una niña que se le puso Isabel por nombre y luégo un hijo que fué Don Fernando IV. El Pontífice había puesto grandes obstáculos á validar este matrimonio, porque entre otros capítulos alegaba que Don Sancho estaba casado con Doña Guillerma de Moncada. Agitada y turbulenta había sido la vida de este monarca, siempre en guerra con cristianos ó musulmanes, y en la conservación de la plaza de Algeciras se inmortalizó el bravo, valiente y heróico patriota Don Alfonso Pérez de Guzmán, que la historia ha distinguido con el nombre de el *Bueno*. Otorgado su testamento en Alcalá de Henares (1295), y encontrándose muy grave, fué trasladado á Toledo en hombros, donde murió el 26 de abril. En sus últimos instantes sufría atroces remordimientos por las ingratitudes que ejerciera con su padre.

Al Nazir ó Nazar (Abul-Giux-Nazar), á su arrogante figura, tenía una instrucción elevada, considerándose como un sabio; empero sus relevantes cualidades no impidieron que fuese destronado por su sobrino Wálid, viniendo á morir en Guadix, cuyo territorio le cedió el intruso usurpador. Con Al-Nazar terminaba la sucesión directa de los Al-Hameres de varón á varón.

En Aragón había ceñido la corona Don Pedro III, apellidado el *Grande*, quien manifestó en el acto solemne de la coronación, que no recibía la corona de *mano de la Iglesia*. Tuvo muchos dias de gloria en la guerra contra moros; derrotó á Cárlos de Anjou y se posesionó de la Sicilia; se hizo dueño de Nápoles y de la Calabria; venció á la Francia y por todas partes hizo sentir el peso de su poder é influencia. Murió en Villafranca del Panadés á los 46 años de edad, y fué sepultado en el monasterio de *Santas-Creus*. (Santas Cruces). Durante este reinado (1282), las campanas de Palermo hicieron oír el lúgubre tañido de aquellas vísperas horrosas, que se llaman Vísperas Sicilianas. Le sucedió su hijo Don Alfonso III llamado el *Liberal*, que conquistó las Baleares, teniendo por consejero á Roger de Lauria y murió en Barcelona á los 27 años de edad, cuando había concertado bodas con Leonor de Inglaterra, después de haber firmado el tratado de Brignolles que arreglaba los disgustos de Valencia y los bandos de las dos poderosas casas de Entenza y Moncada. Don Alonso de la Cerda se proclamó otra vez rey de Castilla protegido por el aragonés.

Á la muerte de este monarca quedó al frente de los negocios públicos el infante Don Pedro, mientras llegaba su hermano Don Jaime II, que sostenía sangrienta guerra con su hermano Don Fadrique, perdiendo éste la armada en la batalla de Cabo Orlando. Vueltos de nuevo á la lucha se vieron frente á frente Roger de Lauria y Roger de Flor, cesando por fortuna la contienda por el tratado de Castronovo. Don Jaime II arregló las desavenencias de la Silla apostólica, dió principio á la catedral de Barcelona, fundó la Universidad de Lérida, y murió en Barcelona á los 76 años de edad. Durante este reinado, tuvo lugar el interregno, que se conoce con el nombre de *Cautividad de Babilonia*, la expedición de catalanes y aragoneses á Grecia y Turquía, y el célebre proceso y abolición de los templarios. Ocupó el trono Don Alfonso IV de Aragón y III de Cataluña, llamado el *Benigno*, que no tardó en verse agravado por la hidropesía que le llevó al sepulcro estando en el palacio de Barcelona.

Á la muerte de Don Sancho el *Bravo*, la nación se hallaba fuertemente agitada y los principales magnates andaban inquietos y revoltosos. El reconocimiento del joven Fernando que apenas contaba nueve años hallaba una oposición obstinada entre los parciales del infante de la Cerda, y de Don Juan, tío del huérfano, que refugiado en Granada se tituló sin escrúpulo rey de Castilla y León. Todo andaba revuelto, y la reina buscó un apoyo eficaz en el elemento popular, siendo designada como tutora del monarca con poderes ilimitados y nombrada regenta por las cortes de Valladolid. Doña María de Molina, reina viuda, declaró de una manera solemne y digna, que á nadie cedería la educación y custodia de su hijo el joven Fernando. La memoria del rey era un pretexto para los revoltosos, que más de una vez pusieron á Doña María en la

necesidad de transigir, valiéndose como de espantajo de Don Alfonso de la Cerda, que contaba con muchos partidarios y coaligados, haciendo del reino una división triste y vergonzosa. El elemento popular apoyó á la reina viuda, y aunados los consejos se formaron las hermandades, para resistir á la noble-



Suplicio de los hermanos Carvajales.

za: los *concejos del regno de Castiella* señala los servicios y subsidios con que asistieron al monarca. Estas turbulencias aumentaban y se hicieron más terribles con el desarrollo del hambre y la peste que afligian las más ricas comarcas.

Algunos magnates como Don Juan y el de Lara volvieron al servicio del

rey, que legitimado por la Bula que su madre había mandado publicar en Burgos, dispuso su boda con Doña Constanza de Portugal. Era el joven monarca voluble y se dejaba supeditar por los favoritos. Faltó más de una vez al respeto y consideración de su madre, poniéndola á merced del infante Don Juan y del de Lara. Empero mejor aconsejado, emprendió jornada contra moros, en la cual murió el héroe de Tarifa, Guzmán el *Bueno*. El asesinato á las puertas de palacio de Juan de Benavides, que era uno de sus predilectos favoritos, lo exacerbó hasta el punto que en un momento de furor y arrebató mandara sacrificar á los dos hermanos Carvajales, que según parece habían retado al favorito, arrojándolos por la peña de Martos. Uno de ellos protestaba de la inocencia de ambos y aplazó al Rey ante la justicia de Dios en el término de treinta días. Don Fernando IV murió en Jaén el mismo día que terminaba el plazo: hé aquí el llamarsele *Fernando el Emplazado*; la rendición de la ansiada plaza de Málaga estaba ya anunciada. El cadáver se enterró en la catedral de Córdoba.

Ismail Abul-Wálid pertenecía á la dinastía de Abén-Hud por línea paterna, pues era hijo de Al-Ferag walí de Málaga, y reunía cualidades recomendables para el mando. Ganó la batalla de Caparacena, en la vega de Granada, donde hallaron al poco tiempo su tumba los infantes de Castilla, Don Pedro y Don Juan. Fué no obstante asesinado por su primo Mohammad Ismail, que protegía una noble doncella cristiana de extraordinaria hermosura, hecha prisionera en la toma de Martos. Este acontecimiento elevó al trono á su hijo que apenas contaba doce años, llamado Abul-Abdallah, que tomó el nombre de *Mohammad IV*.

Todos los amires granadinos eran víctimas de infames asesinatos, y el mismo Yussuf Abul Hagiag, llamado *Juzuf ben Ismail ben Ferag*, hermano del anterior, el cual dictó ordenanzas y reglamentos, reformó la administración y desarrolló todos los elementos de prosperidad, sucumbió también al puñal de un loco ó fanático cuando se hallaba orando en la mezquita del alcázar.

Fué el primero que al querer conquistar á Tarifa *empleó máquinas é ingenios de truenos que lanzaban balas de hierro grandes con nafta causando gran destrucción*.

Su hijo Yussuf ben Ferag fué proclamado con el nombre de Mohammad V, siendo lanzado del poder, á pesar de su carácter franco, liberal y humano, por su hermano Ismail, hijo de la segunda sultana de su padre. El amor de una esclava salvó al monarca, que envuelto en un albornoz pasó por entre los conjurados y pudo escaparse á Guadix y luego á Fez, donde halló distinguida hospitalidad y protección fraternal. Ismail más tranquilo quería mejorar la administración; empero los preparativos y expedición del amir destronado, que quedaron sin efecto por la inesperada muerte del rey de Fez, y su falta de dotes intelectuales, animaron á su cuñado Abul-Said llamado el Bermejo, el

cual puesto al frente de una turba de sediciosos se apoderó del trono, cometiéndose contra su pariente toda suerte de tropelías. En vano quiso defenderse en el palacio de los Alixares, y á la cabeza de los suyos con ciega desesperación hizo retroceder á los sublevados hasta la entrada de la calle de Gomerres, donde cayó prisionero. El pérfido Abul-Said después de haberle despojado de los ricos vestidos, mandó conducirlo á la cárcel, encargando á sus satélites que en el camino le cortasen la cabeza.

Abul-Said se hizo proclamar rey de Granada, y cometi6 toda suerte de vejaciones y atropellos con los partidarios del amir vencido. Mohammad V vino á situarse en Ronda, donde pudo organizar una pequeña hueste, protegido por Don Pedro de Castilla. Said buscó la alianza del conde de Barcelona, que lo enemistó con el castellano; y perdido el afecto de su pueblo que le miraba con odio, quiso buscar un apoyo seguro por medio del maestre de Calatrava que tenía cautivo, de donde provino la expedición que hizo á Sevilla acompañado de otros caballeros y moros de calidad, hasta el número de treinta y siete. Don Pedro con la mayor perfidia se apoderó de todos los tesoros, mandóles asesinar en medio de la befa y el escarnio, reservándose la triste y poco envidiable gloria de atravesar con su lanza en el campo de la Tablada al infortunado y confiado Abul-Said. Después de esta sangrienta y horrorosa escena Don Pedro dispuso les fuesen cortadas las cabezas, y se expusieran al pueblo sevillano, como sangriento trofeo de su perversidad, para luego mandarlas á Granada.

Mohammad V recuperó el trono, mandó publicar una amnistía y celebró alianza con Don Pedro, á quien auxilió con sus tropas. El reino granadino se elevó á gran altura y mereció los aplausos de todos los monarcas. Mandó coronar á su hijo con el nombre de Abul-Abdallah Yussuf II, y bajó al sepulcro en edad avanzada, siendo llorado de sus súbditos. Este amir continuó la política de su padre, mandando ricos presentes al castellano, y como sus súbditos le acusasen de mal musulmán, se sublevó su hijo segundo, que envidioso miraba con desdén á su hermano mayor Yussuf.

Muerto el amir Yussuf II por haber vestido una aljuba envenenada, regalo del rey de Fez que se titulaba amigo suyo, ocupó el trono su hijo segundo Mohammad VI. El hijo mayor Yussuf de carácter afable y bondadoso, amante de la tranquilidad y de la paz doméstica, no opuso resistencia, y consintió que con un frívolo pretexto se le encerrase en la fortaleza de Salobreña. Era el amir de arrogante figura, ingenio vivo, mirada penetrante y de ánimo esforzado y valiente. Había tenido distintas alternativas durante sus algaras y sus guerras, y después de la tregua á consecuencia del sitio de Alcaudete que defendía con valor heroico Martín Alonso de Montemayor, concibió, en un momento de coraje

por la excitación de la intensa fiebre que le devoraba, el asesinar á su hermano mandando al alcaide de Salobreña una orden terminante. «Cady de Schalobanyah, decia la carta, mi servidor. Al momento que recibas de manos de mi mensajero esta carta, quitarás la vida á mi hermano Sydy Yussuf, y me enviarás por el dador su cabeza. Espero que no faltarás á mi servicio.» El príncipe al notar la turbación del alcaide, le dijo con la mayor sangre fría, ¿qué manda el rey? El alcaide por toda contestación le entregó la orden. «Pues bien, dijo Yussuf, á lo menos acabaremos nuestro partido.» Estaban jugando al ajedrez. Dos caballeros que llegaron á todo escape anunciaron la muerte de Mohammad VI.

El prisionero marchó á ocupar el trono y tomó el nombre de Yussuf III, el cual procuró toda suerte de prosperidades, no sin que perdiera á Antequera: su muerte señala el principio de grandes disensiones y luchas intestinas, que no terminaron hasta la completa ruina de los musulimes españoles concentrados en Granada. Su hijo Mohammad VII, Al-Hayzari, ó el *izquierdo* ó *zurdo*, fué un tiranuelo, y pronto se vió lanzado del trono por su hermano Al-Zaquir, *pequeño* ó *segundón*, que tomó el nombre de Mohammad VIII.

El hijo de Don Fernando el Emplazado, fué proclamado en Jaén con el nombre de Alfonso XI, y puesto bajo los auspicios del infante Don Pedro y de su abuela Doña María de Molina. Su madre Doña Constanza falleció en aquellos días. Y como falleciera también su abuela Doña María, resolvió tomar las riendas del gobierno, dando desde luego en Toro señales de crueldad. En Sevilla conoció á Doña Leonor de Guzmán, á pesar de estar casado con Doña María de Portugal.

Las pasiones del Monarca se hacian sentir por todas partes, hasta el extremo de ser exhortado por el Pontífice para que entrase en más honesto camino. La reina se había retirado con su único hijo Don Pedro en un monasterio. Reconciliada la familia real por la mediación del Papa, recibió grandes auxilios de Portugal y unido con su monarca alcanzaron la decisiva y famosa batalla del Salado. Vuelto á campaña para ganar á Gibraltar, fué víctima de la peste. El cuerpo fué conducido á Sevilla.

Al bajar al sepulcro Don Alfonso XI, su legítimo hijo Don Pedro, sólo contaba 16 años. Descuidada su educación, de carácter fogoso y ardiente fantasía, había acariciado grandes deseos de odio y venganza contra la protegida de su padre Doña Leonor de Guzmán, la que después de haber sufrido mil bajezas y humillaciones, fué asesinada en el alcázar de Talavera.

La Guzmán tenía varios hijos, el mayor llamado Don Enrique, conde de Trastámara, huyó á Portugal. El Monarca cometi6 en Burgos diferentes asesinatos; en Valladolid aceptó la boda con Doña Blanca hija del duque de Borbón, y mandó matar á Don Alfonso Fernández Coronel. Ya por este tiempo conocía

á Doña María de Padilla, que siempre cautivó su corazón: este conocimiento tuvo lugar en su viaje á Asturias.... Seguir pasó á paso los crímenes de Don Pedro I nos conduciría más allá de lo que permiten estos apuntes; la historia le ha calificado de *Cruel*, si bien á Voltaire en un momento de buen humor se le antojó llamarle *Justiciero*.

Los asesinatos y crueldades de Don Pedro terminaron con el *fratricidio* realizado en el castillo de Montiel, donde Don Enrique, hijo mayor de la favorita, ayudado de Dugüeslín, hundió varias veces su daga en el cuerpo de su hermano. ¡Triste fin de aquel monarca feróz, vengativo y sanguinario, cuyas pasiones violentas jamás supo reprimir!.....

En Aragón Don Pedro IV, el *Ceremonioso*, arreglaba favorablemente los negocios de sus dos coronas, la aragonesa y la catalana; el mallorquín se sometió á su autoridad, reprimió la *Unión* y vino á morir en el palacio (*Palau*), en Barcelona. (Hoy sólo existe la Iglesia de este palacio).

En Navarra sucedió al de Evreux su hijo, conocido por el nombre de Carlos el *Malo*; era amigo de Don Pedro, y á la vez trataba con el de Trastámara. Murió en Pamplona en una orgía.

Después del desastre de Montiel, ocupó el trono castellano el conde de Trastámara, con el nombre de Enrique II, llamándosele el de las *Mercedes* por las muchas que otorgó. Don Enrique II llamado también el *Bastardo*, introdujo en España una dinastía ilegítima, cuyo último representante fué la magnánima Doña Isabel I. Á su muerte le sucedió su hijo Don Juan I que con su esposa se coronaron en Búrgos, tuvieron un príncipe al que pusieron por nombre Enrique y fué el *tercero* de este nombre. Estuvo casado en segundas nupcias con Doña Beatriz de Portugal, por cuya razón á la muerte del monarca trató de ceñir la corona portuguesa, decidiéndose en la batalla de Aljubarrota, donde los castellanos fueron vencidos. Murió cuando hallándose en Alcalá de Henares iba á visitar á los Farfanés que con sus familias acababan de llegar de Marruecos. Durante este reinado se dió al presunto heredero de la corona de Castilla el título de Príncipe de Asturias, y comenzaron á usarse los de Duque, Marqués, Condestable y Mariscal. Le sucedió su hijo Don Enrique III, el cual declaró en las cortes de Búrgos que tomaba las riendas del Estado. Estaba casado con Doña Catalina de Lancaster; pero sus muchas dolencias lo llevaron al sepulcro á los 27 años: se le conoce con el nombre de Don Enrique el *Doliente*.

En Aragón el cetro estaba en las manos de Don Martín que se hallaba en Sicilia. Al poco tiempo se *fundó la Universidad de Barcelona*, y bajó al sepulcro su hijo Don Martín el joven. El padre contrajo segundas nupcias á pesar de sus dolencias y veía con profundo pesar que aun continuaba el cisma de la Iglesia católica; no pasó mucho tiempo sin que estando en el monasterio de

Valldoncella entregara el alma á Dios: con la muerte de *Don Martín el viejo*, quedaba extinguida la línea masculina de los antiguos Condes de Barcelona, que había dado reyes á Aragón durante 270 años no interrumpidos. Ya por este tiempo parecía que la estrella de Don Pedro de Luna tocaba á su ocaso. Ale-



Muerte de D. Pedro el Cruel.

jandro V, elegido Papa en el concilio de Pisa, murió y fué proclamado el cardenal de Cossa, que tomó el nombre de Juan XXIII.

La corona castellana por muerte de Enrique III pasó á las sienes de su hijo Don Juan, que apenas contaba dos años de edad, siendo regente Don Fernando en unión de la Reina Madre. El infante salió á campaña y ganó á Antequ-

ra, por cuya razón se llamaba el de *Antequera*. Luégo en el parlamento de Caspe fué proclamado rey de Aragón: entonces comenzó en la corte castellana la privanza de Don Álvaro de Luna. El de Antequera tomó el nombre de Don Fernando I de Aragón.

Don Juan II de Castilla, salido de la menor edad, contrajo matrimonio con Doña María de Aragón, y entregado á la poesía y á la música descuidó los negocios públicos, que despachaba el condestable Don Álvaro. Acallados por de pronto los disgustos con la nobleza, salió el Monarca á campaña contra moros, acompañado del de Luna y ganaron la batalla de Sierra-Elvira en la vega granadina. Las luchas interiores obligaron al Condestable á retirarse con su hijo á sus Estados. La nobleza formó la liga, y el Rey con el infante Don Enrique y el favorito concertaron la *contra-liga*. Mas como Don Juan II contrajera segundas nupcias con Doña Isabel de Portugal, poco afecta al de Luna, á pesar de haberse elevado al importante cargo de Gran Maestre de la Orden de Santiago y las veleidades del príncipe Don Enrique, llegaron á perderse la confianza hasta el punto, que Don Juan II miraba con desconfianza al Maestre. En Burgos mandó Don Álvaro dar muerte á Don Alonso Pérez de Vivero, por cuya causa se prendió al privado por Álvaro de Zúñiga, y se le condenó á muerte por una comisión de juristas del Consejo. El poderoso Don Álvaro de Luna, el favorito de Don Juan II, el que era señor de horca y cuchillo, murió en el cadalso en Valladolid como un criminal.

Don Juan II constantemente entregado á favoritos, lleno de tristeza y pesar bajó también al sepulcro acosado de remordimientos, lamentándose de su mala estrella: del segundo matrimonio dejaba la princesa Doña Isabel y Don Alfonso...

Muchos caballeros abencerrajes á cuyo frente estaba el wacir Yussuf ben Zeragh fueron desterrados de Granada, siendo acogidos con benevolencia en la corte de Don Juan II. Este monarca oyendo las proposiciones de Gelil ben Geliel, llamado el *Tornadizo*, cuñado de Yussuf ben Al-Hamar, que ansiaba ceñir la diadema granadina, salió á campaña acompañado de su favorito Don Alvaro de Luna y de poderoso ejército. Al penetrar en la vega se le incorporaron los ocho mil ginetes ofrecidos capitaneados por el atrevido pretendiente, todo como estaba pactado. La batalla de la *Higuera* fué reñida y sangrienta, y se declaró por el castellano. Yussuf con los suyos siguió á la hueste victoriosa, se le proclamó rey de Granada y firmado el tratado de Ardales vino á ocupar el trono con el nombre de Yussuf IV. El Al-Hayzari marchóse á Málaga con su familia, amigos y tesoros. Los años y los disgustos llevaron al sepulcro al nuevo amir Yussuf, y Mohammad VII ocupó por tercera vez el solio granadino. Nombró wasir al caballero Aldelbar y mandó publicar una amnistía ge-

neral, de la cual sólo se exceptuaba al intrigante Geril. Poco tiempo duraron las treguas con Castilla; rompiéronse las hostilidades, y en Alora encuentra una muerte gloriosa el Adelantado de Andalucía. En Lórcá sucumbe Don Juan Fajardo, se toma á Solera y Huescar por fuerza de armas, y el desastre afrentoso de los caballeros de Alcántara, despierta á la corte de su mal entendida benevolencia y le obliga á dictar severas órdenes para que no se renueven tamaños conflictos. La algará capitaneada por el obispo de Jaén Don Gonzalo de Zúñiga, la toma de los Vélez, la declaración de varios pueblos como mudejares y la conquista del castillo de Huelma, reanimaron los abatidos espíritus, y dieron un aspecto halagüeño á los negocios, si la desgraciada expedición del conde de Niebla contra Gibraltar no viniera á turbar aquella alegría.

Ben Ismaíl sobrino de Mohammad acompañado de muchos caballeros marcháronse á buscar la protección del castellano, y otro sobrino apellidado Ben Osmin, que gobernaba en Almería, penetró en Granada, y con su oro y sus amigos movió una sedición apoderándose del trono. Mohammad VII, Al-Hayzari, quedó encerrado en una torre de la Alhambra.

Mohammad IX, Ben Ozmin, conocido con el nombre de el Ahnaf ó el *cojo*, fué proclamado rey de Granada. Sus correrías le proporcionaron abundante botín, no sin que dos veces fuesen batidos y deshechos por el conde de Arcos. La atrevida algará de levante confiada al valor y pericia de Abdilbar encontró su tumba en la batalla de Alporchón: el caudillo fué degollado infamemente por los verdugos del amir.

Los desaciertos y crueldades de Osmin le hicieron odioso al pueblo, mientras que Ismaíl aumentaba sus partidarios al amparo de los castellanos. Por fin, llegó el día que Ismaíl salió de Montefrío al frente de su ejército, y el infame Osmin se hizo fuerte en la Alhambra; pero viéndose perdido concibió un proyecto audaz y diabólico. Manda emisarios al campo enemigo manifestando que se halla dispuesto á abdicar el cetro á favor de su pariente Ismaíl, y desde luégo invita para que se presenten en el alcázar todos aquellos que por su rango y categoría tuviesen derecho á presenciar la augusta ceremonia. Muchos desgraciados, casi todos de la tribu abencerraje, fueron degollados en una sala contigua al patio de los Leones, que aun conserva el nombre de *sala de los abencerrajes*. Los cuerpos hacinados en el pavimento y las cabezas amontonadas en la taza todo de mármol blanco, dejaron unas manchas rojizas, de aspecto ferruginoso en notable abundancia, que á través del tiempo se conservan para eterno oprobio y baldón del aquel miserable monarca vengativo, despótico, cruel y tirano.

La tradición las señala como *manchas de sangre* abencerraje, derramada para lavar la frente de la ofensa que el jefe de esta tribu había inferido al últi-

mo monarca (Boabdil). Esta *paparrucha* y otras muchas, como la del *vetusto ciprés* que aun se enseña en el Generalife, provienen de los cuentos y patrañas fraguados por el supuesto Ginés Pérez de Hita en su libro intitulado *Guererras Civiles de Granada*, las cuales han servido para muchas novelas. Algunos dudan que estas manchas provengan de sangre; sea de ello lo que quiera ¿quién ignora la facilidad con que el mármol toma artificialmente los colores? Osmin había huído con algunos de sus adictos á merodear por tierras de Almería y por la Alpujarra.

La palabra *traición* resonó en las filas de Ismail; todos quedaron aterrados al ver tanta sangre derramada con la mayor perfidia y villanía, y el traidor corrió en pos de nuevos crímenes en el corazón de Sierra Nevada.

Ismail, ó Muley Cad, fué proclamado rey de Granada.

Por muerte de Don Fernando I ciñó la corona aragonesa su hijo Don Alfonso V, apellidado el *Sabio*, que bajó al sepulcro en el castillo del Ovo (huevo; Nápoles), protegiendo la Universidad barcelonesa que había fundado Don Martín. Su hermano el infante Don Juan, que á la sazón era rey de Navarra por su esposa Doña Blanca, entró en posesión del trono aragonés, que comprendía Aragón, Cataluña y Mallorca, Sicilia y Valencia. De este modo vinieron á reunirse todos aquellos reinos bajo el cetro de Don Juan II (de Aragón). El Monarca había contraído segundas nupcias con Doña Juana Enriquez, y el príncipe de Viana, hijo del primer matrimonio, reclamaba la herencia de su madre. Después de sangrientos encuentros entre *biamonteses* y *agramonteses*, donde el príncipe fué vencido por su padre, murió de un modo misterioso en Barcelona, que siempre le manifestó gran simpatía en sus desgracias ayudándole con fuerzas materiales y con sus tesoros.

Don Juan al fin hizo su entrada triunfal, y los catalanes le obsequiaron con una magnífica silla de plata, que él aceptó regalándola á la Catedral para que sirviera de base á la custodia que se venera en la procesión del Corpus (1).

En estos años murió el anti-papa Don Pedro de Luna y cesó el cisma que tenía afligida á la Iglesia. También se dieron por Alfonso V desde Italia los decretos acerca los *payeses de remensa*, y se impulsó por el mismo monarca la *Universidad Barcelonesa*.

Don Juan II dejó de existir en el palacio episcopal á la edad de 84 años.

El príncipe Don Enrique ceñía en sus sienas la corona de Castilla con el nombre de Enrique IV. Por sus veleidades y continuas contradicciones gozaba

(1) Tuvimos un placer indescriptible cuando en la solemnidad del Corpus vimos, despues de cincuenta años de ausencia, la histórica Silla ó Sillón de plata maciza, que recuerda la entrada del Monarca en Barcelona.

de poco prestigio y hasta se le motejaba con el denigrativo epíteto de *Impotente*. El desenfreno no tenía límites, llegando al extremo de decir sin miramiento ni respeto alguno, que la reina favorecía á Don Beltrán de la Cueva más de lo que á su recato y honor importaba. La reina dió á luz una niña que el Arzobispo de Toledo primero y después el pueblo llamaron la *Beltraneja*. Los confederados en Ávila depusieron á Don Enrique para proclamar á su hermano Don Alfonso, que no tardó en bajar al sepulcro.

Todos los partidos dirigieron sus miradas salvadoras á la infanta Doña Isabel, que vivía retirada en un monasterio de Ávila, y había sido jurada *Princesa de Asturias* por el pacto celebrado en los *Toros de Guisando*.



Doña Isabel I.

Don Juan de Aragón á su muerte dejó un hijo del segundo matrimonio llamado Don Fernando, el cual había sido declarado rey de Sicilia por su padre.

La princesa Isabel entre los diferentes pretendientes que aspiraron á su mano, favoreció á su primo el aragonés, quien se desposó con la heredera de Castilla en la ciudad de Valladolid, en medio de fiestas y regocijos. En Segovia fueron proclamados con todas las formalidades de costumbre en aquella época, usando de la fórmula; «¡Castilla, Castilla por el rey Don Fernando y su consorte Doña Isabel, reina propietaria de estos reinos!»

La batalla de Toro desvaneció todas las ilusiones de la Beltraneja, cuya señora terminó sus días en el convento de Santa Clara de Coimbra.

La unidad española quedó casi realizada, y desde aquel momento sólo faltaba completar la expulsión de los moros granadinos.

Hemos llegado, pues, á la última etapa de los moros en España, que constituía una raza de *moros españoles*. Estos no podían sostenerse en sus dominios á pesar de la política y de sus fuerzas materiales. Los pueblos tienen también sus períodos, y el astro de los sectarios de Mahoma en España, marchaba presuroso á su ocaso. Los islamitas habían tenido desde las primeras invasiones sus vaivenes y sus reveses. Y, si la religión del falso profeta se extendió en su principio por dilatados países con increíble velocidad, haciendo prosélitos por medio del alfanje, y subyugando á pueblos empobrecidos por los desmanes y pasiones de los poderosos; si los moradores se hallaban rebajados y envejecidos con el yugo de la metrópoli, ó por los excesos de los reyes y magnates godos, que oprimían y sojuzgaban extensas regiones enervadas por continuados sufrimientos; la audacia de los árabes y su sed insaciable de conquista halló su primera derrota general en las orillas del Loire.

El descalabro de Tolosa que obligó al waçir Abderrahmán á tomar el mando supremo del ejército, pudo muy bien apagar el entusiasmo del fanatismo agareno. Atraviesa el caudillo la Galia Narbonense, sigue el Ródano, y la Borgoña se vió ocupada por los infieles hasta los confines de la Alsacia. Vuelve sobre la Aquitania, pasa el Garona, toma á Poitiers y penetrando por el Loire pone sitio á la ciudad de Tours.

Las iglesias y los monasterios fueron robados y los Santos escarnecidos, como dice Draper; pero bien pronto se vió el terrible castigo á tanto sacrilegio é insolencia, por la irresistible maza de Carlos Martell. La matanza fué horrorosa, Abderrahmán murió como un valiente en medio de los suyos, y siete días de atroz carnicería dejaron destruído aquel ejército poderoso, que había sido el terror de la cristiandad; 40 mil muslimes, dicen los autores de más crédito, sucumbieron en aquella sangrienta jornada. (Hemos registrado algún autor que los hace subir á 375 mil). Los restos extenuados vinieron á encerrarse en Narbona para repasar otra vez el Pirineo.

No fué menester que los Santos hicieran milagros, en la forma que pretende el señor Draper, porque el invencible Carlos estaba bajo la influencia de un poder misterioso, y con su maza destruyó cuanto se le opuso á su paso y aniquiló á los enemigos de la cristiandad. ¿Qué más se quiere?... Este héroe del Catolicismo, ahijado de San Rigoberto, arzobispo de Reims, bajó al sepulcro en 741.

¿Cuál fué después la suerte de la media luna en España? Ya lo hemos visto, Se establece en Córdoba el califato y se extiende la civilización cristiana adquiriendo formas alcoránicas, hasta alcanzar una especial *rabinico-muslimica*.

Los odios y rivalidades de raza rompen, al fin, la unidad de la monarquía de Occidente, y al paso que toman origen nuevos señoríos, que luego se erigen en reinos independientes siguiendo el espíritu feudal dominante, se debilita el poder y se enervan las fuerzas del Estado. Los reyes españoles siguieron en el entretanto su comenzada reconquista, ayudados por el sentimiento católico, tan fecundo en gloriosos resultados en aquellos aciagos y turbulentos tiempos.



Don Fernando V de Aragón.

Ismail ó Muley Çad dueño de la capital y su alcázar, fué proclamado rey de Granada, y premió á sus amigos y parciales; se reconoció vasallo de Castilla y quiso consagrarse á la prosperidad de su pueblo. Cifraba tan risueñas esperanzas en su hijo primogénito llamado Abul Hixem; joven valiente; de imaginación fogosa y afecto á la guerra; los granadinos veían en él todo su porvenir. Algunos reveses inevitables produjeron un tumulto, que obligó al amir á dejar el trono, pasando á Almería, donde falleció junto á la familia de su

hija (1465). En Granada se proclamó con frenético entusiasmo á Ali-Muleh-Abúl-Hixem-ben-Ismaíl, ó *Abu-l-Hašam* (el Xequé, mayor).

El reinado de este príncipe fué agitado y tumultuoso. Dentro de la ciudad vivían muchas familias ilustres con sus correspondientes jefes; y cada una tenía cierto número de caballeros y allegados más ó menos grande. Entre ellos había sus afinidades y antipatías, marcadas rivalidades, ocultos rencores, que llegaron á comprometer más de una vez la estabilidad de la monarquía musulímica.

Los reyes de Castilla continuaban con tesón la guerra con el granadino. Hixem tenía que hacer frente á los azares de la lucha, á las defecciones de sus jefes y á las intrigas encubiertas de su hermano *Az-Zagal* (Valiente); que, no obstante, reprimió á el alcaide de Málaga. Vuelto Hixem á sus habituales algaras y correrías, tuvo la desgracia de hacer prisionera á Isabel de Solís, (idealizada por el Excmo. Sr. Don Francisco Martínez de la Rosa), hija del comendador Sancho Giménez de Solís alcaide de la Higuera en Martos; cuya señora Hernando de Baeza en su crónica de Boabdil, se empeñó que fuese *una pobre mozuela barrendera*. ¿Esta crónica, que tradujo al español el señor Lafuente Alcántara (Don Emilio), será verdadera? Contiene tantos lunares é inexactitudes, que da motivo á dudar de su autenticidad.

El amir, enamorado ciegamente de su cautiva, se entregó con loco frenesi en brazos de la bella cristiana, olvidando á su esposa Aixa, la *Horra* ú *honestá*, hija de Osmin y parienta suya, y la sagrada defensa de sus pueblos.

¡Ah! El monarca de Granada no pensaba mas que en los goces sensuales, y olvidaba á los cristianos, que con valor heroico se apoderaban de los mejores baluartes. Aquellas glorias literarias y científicas alcanzadas por la escuela cordobesa, fueron extinguiéndose paulatinamente; así como la ilustración que alcanzaron las academias granadinas en los primeros descendientes de Al-Hamar, hasta el punto, que excitado Hixem por las exigencias de los enviados del rey Fernando, contestara lleno de despecho: «Que en Granada no se labraban sino alfanjes y hierros de lanza.» El monarca castellano dijo, en el silencio de su calculada política: «Yo arrancaré á esa granada los granos uno á uno.»

La hermosa cautiva al desposarse con Hixem, que había repudiado á Aixa, tomó el nombre de Fatima, conocida generalmente con el de *Zoraya* ó *Lucero de la mañana*. La reina repudiada juró ódio eterno, destrucción sin cuartel á su veleidoso esposo; y sostenida por los zegríes, tuvieron efecto defecciones y colisiones con los abencerrajes, que eran amigos del rey, que más de una vez ensangrentaron las calles de la capital.

En Granada no se pensaba en ninguna clase de ilustración, era un campo de batalla sostenido por las disensiones de los partidos, las intrigas de Aixa,

los planes tenebrosos de *Az-Zagal* y los opuestos pareceres de Boabdil inspirado por su madre y sus parciales. La decadencia se hacía sentir por todas partes, la ruina era inevitable, la destrucción del reino granadino cosa segura.

¿Era, acaso, que esta general decadencia, que todos conocieron, correspondía á los preceptos del Korán? No; porque lo mismo los árabes que los moros prescindieron de ellos con repetida frecuencia. El Korán es la antítesis de la civilización y la argolla de hierro que ahoga la cultura.



Restos de un arco moruno.

El reino de Granada ahora, como el califato de Córdoba antes y las pequeñas taifas, señoríos ó monarquías después, tuvieron el mismo fin. Todas corrieron igual paralelo científico é intelectual.

Hixem fué muy desgraciado al querer por tres veces recuperar á Alhama, que el marqués de Cádiz defendió con valor heroico. Abul Abdillah, Al-Zaquir Muhammad XI, conocido con el nombre de Boabdil, alentado por los enemigos de su padre se escapó de la torre donde estaba retenido, y fué proclamado rey de Granada. Hixem huyó á Málaga, y el reino se dividió entre el padre y el hijo.

El *Rey Chico*, que así se distinguía á Boabdil, quiso salir de la inacción y de la indolencia, y en la jornada de Lucena cayó prisionero. El padre recobró

precipitadamente la autoridad soberana. Aixa rescató á su hijo, que se marchó á Almería, luego á Málaga y enseguida á Córdoba, temiendo la venganza de su tío Az-Zagal, que en Almería asesinó á Abul-Hachá-Yussuf segundo hijo de Hixem. Al partir Boabdil para unirse con su hermano, la terrible Aixa exclamó: «El que no reina en la capital, no reina.»

Az-Zagal al regresar á Granada sorprendió y acuchilló á noventa caballeros de Calatrava. Esta carnicería lo elevó al trono de su hermano, que ciego y abatido por los años quiso todavía blandir la lanza. Afligido y resignado depone el cetro, y con su esposa y dos hijos se retira á Illora, luego pasó á Salobreña, y de aquí á Mondújar para morir en brazos de Fatima: el cadáver, según la tradición, fué enterrado en el pico más alto de Sierra-Neveda, como tenía dispuesto. Hoy se llama *Pico de Mulhacén* ó de *Muley-Hascén*. El reino se dividió entre Boabdil y Az-Zagal.

La toma de Loja, donde el rey Chico y Gonzalo Fernández de Córdoba en representación del Castellano, celebraron un tratado; la conquista de Vélez-Málaga, Málaga y Baza después; y las defecciones y alarmas en Granada, donde Az-Zagal al querer socorrer á Vélez fué derrotado por sus mismos correligionarios y vino á situarse en Guadix con su exigua corte; obligó á éste, que se apellidaba el *héroe granadino*, á entregar su sombra de trono, para titularse Rey de Andarax. Boabdil se vió también comprometido á dejar el cetro en virtud de lo estipulado en la capitulación de Loja. Az-Zagal al poco tiempo trocó en metálico el equivalente de sus Estados, y pasó á África con su familia y sus tesoros, donde se le privó de la vista y de las riquezas. Aquel hombre ambicioso, usurpador del trono de su hermano; el fratricida, en fin, murió en el mayor desconsuelo lejos de su querida Granada, pobre y envilecido ante la posteridad.

Boabdil quería aún sostenerse á todo trance. Los reyes de Castilla mandaron publicar la *guerra santa*, y situaron los reales en la aldea llamada *Ojos de Huescar*. Unos y otros escaramuceaban todos los días, los encuentros personales y lances caballerescos eran frecuentes, y tanto los sitiados como los sitiadores hacían alarde de valor y destreza.

La reina deseó ver la ansiada ciudad, lo cual dió lugar á la *batalla de la Reina*, donde la augusta Señora tuvo que guarecerse bajo el espeso follaje de un laurel junto al pueblecito de la Zubia: este histórico laurel existe todavía en la huerta que fué de un convento, y hoy de la propiedad particular de Su Majestad Doña Isabel II.

La inadvertencia de una dama, entrega á las llamas al Real castellano, y Doña Isabel manda edificar la ciudad de Santa Fe, que se vió terminada en poco más de dos meses.

Mientras tanto en Granada el hambre hacía sus estragos, Boabdil siempre perplejo é irresoluto llegó por último á conocer lo grave de la situación, y por todas partes sólo ve el envilecimiento, la cobardía y la humillación. Vaga por su mente la palabra *capitulación*, y desesperado y afligido escribe al monarca valiéndose de su leal Hamet Holeilas. Hernando de Zafra y Abul-Cacim el Muleh fueron los encargados de las conferencias para el arreglo de la entrega; y como el Rey *Chico* siguiera en sus vacilaciones, los Reyes de Castilla aceptaron la generosa oferta de Gonzalo de Córdoba, que en traje de moro penetró en la Alhambra, donde encontró al de Zafra.

Después de dudas y perplejidades, celebradas varias conferencias con Boabdil, firmóse por el amir, al fin, las anheladas capitulaciones, que fueron acep-



Rendición de Málaga.

tadas por los Reyes Don Fernando y Doña Isabel: se firmaron el día 25 de noviembre y 21 de diciembre de 1491.

Y como los ánimos de los granadinos habían sido excitados por un fanático, y el Rey *Chico* manifestase en el Albaicín con patético acento y triste elocuencia su desesperada situación, y la necesidad de cumplir lo estipulado para evitar nuevas escisiones y asonadas, escribió secretamente á Fernando á fin de entregar la ciudad y sus fortalezas al siguiente día. Todo se dispuso para que así se realizara.

Era el dos de *Rabín* primero de la egira 897; *dos de enero de mil cuatrocientos noventa y dos*. El ejército cristiano estaba formado en la próxima llanura de Santa Fe. El astro refulgente del día seguía majestuoso hacia su zenit, y los rayos vivificadores se reflejaban en la plateada cabellera de la imponente Sierra-Neveda. Los Reyes y los Infantes de Castilla vestidos de rigurosa gala, —á pesar del luto por la muerte de su yerno Don Alfonso, príncipe de Portu-

gal,—acompañados de la ilustre falanje de valientes campeones y guerreros y de los magnates y prelados, se dirigieron con gran magnificencia hacia Granada.

Llegaron á la margen izquierda del Genil no lejos del puente que lleva su nombre, donde hoy existe una ermita bajo la advocación de San Sebastián que sustituyó á la mezquita. El Rey mandó hacer alto.

Allí se presenta Boabdil con noble talante, aire sombrío y apesadumbrado, acompañado solamente de algunos amigos y cincuenta ginetes de escolta. El Rey de Castilla le dirige palabras afectuosas y no permite señal ni ceremonia que manifieste humillación. Entonces con tono grave y solemne, pero algo conmovido, dijo: *Tuyos somos, rey invencible; esta ciudad y reino te entregamos, confiados usarás con nosotros de clemencia y de templanza.*

Y después de entregar las llaves de la ciudad, dirigióse con los suyos á Santa Fe, para arreglar la marcha á sus nuevos Estados de la Alpujarra.

Acto continuo el conde de Tendilla, el maestre de Santiago, el marqués de Cádiz, los prelados de Toledo y Sevilla, Fray Hernando de Talavera, arzobispo electo de la nueva ciudad conquistada, y otros ilustres guerreros y capitanes al frente de tres mil ginetes y otros tantos peones, se dirigieron á la Alhambra por camino fuera de las murallas para no alarmar al pueblo que estaba encerrado en sus moradas. En la torre que hoy conserva el nombre de *Torre de la Vela*, tremolaron los estandartes de la Cruz, de Santiago y de Castilla, en medio de entusiastas aclamaciones, de prolongados vivas y de la inmensa alegría que inundaba el alma de los conquistadores.

El altar de campaña de los Reyes estaba prevenido, y con el mayor fervor dieron las gracias al Todopoderoso por la feliz terminación de tan colosal empresa, entonando la real capilla un solemne *Te-Deum laudamus*. Concluido este grandioso acto religioso los Reyes y su comitiva regresaron á los reales de Santa Fe.

El conde de Tendilla se consagró sin descanso á ocupar militarmente la ciudad y sus fortalezas, los castillos y baluartes, tomando cuantas precauciones creyó convenientes para asegurar, tanto á los vencedores como á los vencidos, la tranquilidad y el orden: un silencio sepulcral reinaba en aquella populosa ciudad. Los habitantes, sin distinción de clases, lloraban á su pérdida Granada.

El día seis de enero los monarcas hicieron su entrada solemne y oficial.

La unidad Española estaba consumada, y la ciudad de las mil y treinta torres pasaba á ser un rico florón de la corona de Castilla.

La terrible amenaza que hiciera el Rey Fernando estaba cumplida. *Habia arrancado uno tras otro los preciosos granos de la hermosa y codiciada Granada.*

El catorce de enero, Boabdil acompañado de su madre, la implacable Aixa, su esposa la sultana Moraima, sus hijos, hermana y algunos individuos de la familia, salía para su pequeño señorío enclavado en el corazón de la Alpujarra.

Al llegar á las colinas cerca el pueblo del Padul, distante de la capital poco más de dos leguas, desde donde se descubre á Granada por última vez en aquella dirección, derramó abundantes lágrimas de despecho y dolor. Entonces su madre, la altiva Aixa, dijo con tono severo aquellas célebres palabras,



Boabdil, último rey de Granada.

que la historia nos recuerda: *Llorala como una mujer, puesto que no has sabido defenderla como hombre.*

Cuando el emperador Carlos V (primero de España), visitó á Granada, y Don Antonio de Guevara, su cronista, le relató este suceso, contestó el César: *Tuvo gran razón la madre en decir lo que dijo, y ninguna el rey su hijo en hacer lo que hizo, que si yo fuera él, antes eligiera esta Alhambra por sepulcro que vivir fuera della en la Alpujarra.*

La caída del trono de Granada hundió para siempre el poder de la media